

Construcción fílmica de incertidumbre laboral en *La demolición* y *Maquinaria Panamericana*

Blanca Edna Alonso Rosas*

Resumen

La emergencia del modelo económico neoliberal (Laval y Dardot, 2013) trajo consigo una reestructuración productiva que tuvo consecuencias directas, no sólo en los mercados de trabajo, sino también en las subjetividades de los trabajadores (De la Garza, 2016; Stiglitz, 2002), provocando una serie de patologías psicoafectivas. En este artículo me propongo analizar dichas consecuencias en *Maquinaria Panamericana* (2016) y *La demolición* (2005), dos filmes latinoamericanos protagonizados por personajes que enfrentan trabajos precarios o la pérdida de éstos. A pesar de que ambos filmes representan las consecuencias psicológicas y emocionales de la incertidumbre a niveles traumáticos también ilustran algunas de las diferencias entre las sociedades salariales entre México y Argentina, países de origen de los filmes.

Palabras clave: representación cinematográfica, incertidumbre, precarización, emociones.

* Doctora en Comunicación, investigadora y gestora cultural independiente. Miembro del Comité de Publicaciones de la Universidad Iberoamericana-Ciudad de México. Correo electrónico: [blancaedna7@gmail.com] / ORCID: [https://orcid.org/0000-0003-4692-1844].

Abstract

The emergence of the neoliberal economy (Laval y Dardot, 2013) brought with it a productive restructuring that had direct consequences, in both the labor markets and the subjectivities of the workers (De la Garza, 2016; Stiglitz, 2002), causing a series of psycho-affective pathologies. In this article, I analyze these consequences in *Maquinaria Panamericana* (2016) and *La demolición* (2005), two Latin American films starring characters who face precarious jobs or the loss of them. Although both films represent the psychological and emotional consequences of uncertainty at traumatic levels, they also illustrate some differences between the wage societies between Mexico and Argentina, the films' countries of origin.

Keywords: cinematographic representation, uncertainty, precariousness, emotions.

La nuestra es una época caracterizada por una falta de certezas sin precedentes. En las ciencias sociales se han discutido profusamente algunos de los aspectos que tienen que ver con la falta de certezas que moldean la proyección social del futuro como la crisis de la utopía (Zemelman, 1992 y 1997), la crisis de la democracia representativa (Tormey, 2015; Disch *et al.*, 2017) o la consolidación de un estadio del capitalismo que se define, entre otras cosas, por su incapacidad de planificar una economía del desarrollo social en tanto ésta se orienta hacia la búsqueda implacable del valor económico sujeto a los incesantes vaivenes del mercado. Pero la dificultad de imaginar el futuro –y consecuentemente proyectarlo– tiene una dimensión material que afecta a las clases trabajadoras en lo relativo a la gestión de la propia vida, esta dimensión tiene que ver con la decreciente calidad de los trabajos y su inestabilidad, situación que deja a un amplio sector de la población en una constante incertidumbre con respecto a la continuidad de su trabajo y de su ingreso, ambos determinantes en la tarea de proyectar con seguridad la vida personal y familiar, enfrentar los riesgos inherentes a la propia actividad productiva y a la gestión de la vida cuando llega la vejez, generando un clima de

incertidumbre que se ha vuelto estructural en nuestras sociedades contemporáneas.

En lo sucesivo me propongo analizar la forma en que ciertas producciones cinematográficas latinoamericanas han dado cuenta de las consecuencias de aquella incertidumbre a partir de dos filmes que representan dos sociedades salariales distintas: *Maquinaria Panamericana*, una producción mexicana de 2016, y *La demolición*, producción argentina de 2005. El objetivo es identificar, a través de un análisis integral (Aristizábal y Pinilla, 2017), la forma en que cada una de las producciones utiliza los recursos cinematográficos para representar aspectos psicológicos y emocionales derivados de profundos procesos de precarización.

Precarización e incertidumbre

El fenómeno de empobrecimiento de las condiciones de trabajo comienza a cobrar importancia en la década de 1970 en los países con economías más desarrolladas, principalmente en Reino Unido (Rojas y Salas, 2007: 42). En América Latina no es hasta mediados de la década de 1980, particularmente en Argentina, cuando el fenómeno comienza a adquirir relevancia dentro del ámbito académico. Rojas y Salas advierten que en México las investigaciones sobre el empleo precario aparecen tardíamente a inicios de la década de 1990, cuando se empieza a estudiar el impacto de los bajos salarios y la calidad de los empleos en el país. La escasa atención que hasta ese momento recibía el tema, argumentan, puede deberse en parte a la prevalencia de los estudios sobre el empleo informal como única modalidad de empleo de mala calidad en nuestro país.¹

Lo que debe entenderse como *empleo precario* está íntimamente ligado a los marcos regulatorios del trabajo que establece el Estado

¹ Los autores también consideran otros factores como: 1) la falta de un acuerdo entre académicos respecto de los indicadores más adecuados para estimar la magnitud de la precariedad en el empleo; 2) las limitaciones propias de las fuentes de información disponibles (Rojas y Salas, 2007: 40).

sobre las condiciones de venta y uso de la fuerza de trabajo en cada país. Por eso cualquier estudio relativo a la precarización debe estar íntimamente ligado con la realidad empírica local. En cualquier caso operar la definición de lo precario requiere el contraste con el tipo de empleo que no lo es: el empleo estándar (Rodgers, 1989). Este tipo de empleo de acuerdo con la definición de Gerry Rodgers (citado en Rojas y Salas, 2007) comprende al menos cuatro dimensiones: 1) cierto grado de certidumbre sobre la continuidad en el trabajo; 2) control sobre el trabajo; 3) protección social, y 4) un ingreso estable. Por lo tanto, más allá de las particularidades locales de los mercados de trabajo, y para fines de este artículo, un empleo precario es aquel con duración determinada, volátil, donde el trabajador tiene poco o nulo margen de negociación, donde no se cuenta con seguridad social ni beneficios, o bien donde la remuneración es tan baja que no permite gestionar las necesidades básicas.²

Neoliberalismo y precarización

Para poder abordar las consecuencias laborales y sociales que se desprenden de la precarización laboral es necesario comprender dicho proceso en el marco de la consolidación del modelo neoliberal que, a partir de determinadas premisas económicas, reorienta toda una serie de instituciones, actitudes, maneras de pensar y formas de concebir las relaciones humanas y laborales. En este sentido, Laval y Dardot (2013) sostienen que el neoliberalismo es una *racionalidad*³

² Es importante señalar que no todo trabajo no estándar es precario, pues pueden existir ciertas combinaciones como trabajos de duración determinada pero con remuneraciones superiores a las de los trabajos estándar o el trabajador por cuenta propia o proveedor de servicios. Rodgers señala la persistencia de esa ambigüedad y observa que son combinaciones particulares de estas condiciones las que identifican los empleos precarios, por lo que las fronteras del concepto son inevitablemente arbitrarias.

³ Laval y Dardot (2013) utilizan el término *racionalidad* a partir del concepto de “racionalidad política” elaborado por Foucault en sus textos consagrados a la “gubernamentalidad” y entienden por ello a cualquier tipo de racionalidad que se ha instaurado en los procedimientos mediante los cuales se dirige, a través de una administración del Estado,

que moldea la dimensión política (conquista del poder por las fuerzas neoliberales), la económica (auge del mercado desregulado y mundializado), la social (individualización de las relaciones sociales a expensas de las solidaridades colectivas, con la polarización extrema entre ricos y pobres) y los aspectos subjetivos (aparición de un nuevo sujeto y desarrollo de nuevas patologías psíquicas) de las sociedades contemporáneas (2013: 14). La idea básica que subyace a la ideología neoliberal y que se anida en el liberalismo clásico es que el hombre necesita libertad para desarrollar con plenitud sus capacidades y conseguir en última instancia la felicidad (Curzio, 2007: 7). La libertad que defiende el liberalismo clásico no es una libertad abstracta, sino una libertad que se racionaliza en un modelo contractual y jurídico que tiene como uno de sus principales fundamentos la propiedad privada. El gran logro cultural del neoliberalismo consistió en equiparar la idea del libre intercambio entre sujetos —en supuesta igualdad de circunstancias—, con la idea de que ésta es la única realidad posible, o en otras palabras que se trata de una realidad natural de la sociedad (Laval y Dardot, 2013: 12). De lo anterior se desprende que el modelo neoliberal dé prioridad a la libertad económica sobre la libertad política justificando en la impersonalidad del mercado, donde cada quien decide por su cuenta, la mejor garantía de libertad y de bienestar (la competencia y el libre mercado son lo natural, la democracia es algo no natural, una construcción). Hoy en día, incluso después de la crisis mundial de 2008 y la relativa pérdida de fe ciega en el mercado desregulado, el neoliberalismo sigue siendo una parte arraigada de nuestra visión del mundo al punto que es difícil imaginar alternativas coherentes, incluso para sus más férreos críticos (Srnicek y Williams, 2017).

la conducta de los hombres. La racionalidad neoliberal apunta a conseguir el autogobierno del individuo, por eso ensalza la libertad como el mayor de sus valores: “gobernar no es gobernar contra la libertad o a pesar de ella, es gobernar mediante la libertad, o sea, jugar activamente con el espacio de libertad dejado a los individuos para que acaben sometién-dose por sí mismos a ciertas normas. Abordar la cuestión del neoliberalismo por la vía de una reflexión política sobre el modo de gobierno modifica, inevitablemente, la forma de entenderlo” (2013: 15-17).

De entre las muchas consecuencias que se desprenden de lo anterior, nos interesa indagar en aquellas que impactan el ámbito del empleo porque el trabajo es una actividad fundamental para el desarrollo de la vida humana. No sólo garantiza el sustento, sino que también genera identidad, estabilidad e independencia social. El valor del trabajo⁴ se ha discutido ampliamente a partir de que se hizo evidente la crisis del modelo bienestarista (Gorz, 1982; Offe, 1985; Rifkin, 1996) y su relación con el mercado desregulado.

El trabajo es resultado de una exigencia o imposición a la naturaleza propia de los seres humanos, una demanda de esfuerzo para procesar información, transformar la naturaleza y generar bienes para destinarlos al autoconsumo, asegurando así la supervivencia. Ya sea para la obtención de recursos destinados a la venta en el mercado, la prestación de un servicio o la obtención de dinero; la finalidad es siempre satisfacer necesidades (Neffa, 2003) básicas o simbólicas. Aunque el trabajo asalariado adoptó la forma de intercambio mercantil en la economía capitalista, el trabajo estructura la mayor parte del tiempo de las personas y también la forma que adopta la sociedad; al ejercer cualquier tipo de trabajo, los sujetos adquieren una identidad social, generan relaciones de solidaridad y/o intercambio con otros sujetos, estableciendo entre ellas derechos y deberes (Neffa, 2003). A pesar del valor que el trabajo tiene en la sociedad, es importante no perder de vista que el trabajo asalariado en la economía capitalista, se lleva a cabo en relaciones de subordinación, es decir, de heteronomía, siendo los trabajadores finalmente despojados de la propiedad de lo que producen.

⁴ Aunque existen muchos tipos de actividad a los que podemos llamar trabajo, en las sociedades capitalistas entendemos por tal al trabajo asalariado; y aunque no se deja de lado que cualquier tipo de actividad producto del esfuerzo humano podrían entrar en esta definición, partimos del concepto de trabajo asalariado porque nos permitirá dimensionar los cambios que ha sufrido este ámbito con la irrupción de la racionalidad neoliberal. “[L]a diferencia histórica entre trabajo y no trabajo [...] no puede ser determinada por el tipo de actividad, o de objeto, sino por su articulación en ciertas relaciones sociales de subordinación, cooperación, explotación o autonomía. Esta ubicación permite, junto a otros niveles de la cultura y el poder, conferir además significación social al trabajo, definir qué es trabajo frente a lo que no lo es, valorar el trabajo en términos morales y también valorarlo en términos económicos, por ejemplo frente al capital” (De la Garza, 2001: 14).

Estudios sobre las psicopatologías del trabajo encabezados por Christophe Dejours (citado en Neffa, 2003) demuestran que, aun en las condiciones descritas, el trabajo puede ser fuente de placer siempre que las personas puedan adaptarse al desgaste psíquico y mental que significa el trabajo heterónimo, concebido y decidido por otros, y que limita el despliegue de las propias capacidades. “Las exigencias y las restricciones generadas [...] por la organización del trabajo, implican defenderse, adaptarse y resistir para permanecer en los estrechos límites de la normalidad” (Neffa, 2003: 6), donde la *normalidad* sería un estado en que las enfermedades están controladas y las satisfacciones compensan el sufrimiento (Dessors, citado en Neffa, 2003). Dentro de estas satisfacciones asociadas al trabajo se encuentra la propia independencia del sujeto y su capacidad de proyectar su futuro en términos de seguridad material. La seguridad material y la capacidad de proyectar un futuro no son inherentes al trabajo como producto de las relaciones capitalistas, sino que se constituyeron gracias a las luchas históricas que libraron las clases trabajadoras por ganar condiciones de trabajo más justas que les permitieran mitigar las causas del sufrimiento y tener un nivel de vida digno, estabilidad y el sueño del progreso. El *empleo estándar* (Rodgers, 1989) es producto de estos logros históricos. Aunque el empleo estándar no se volvió la norma en todos los países con economías capitalistas, mucho menos en América Latina y otros países en vías de desarrollo, sí se convirtió en el modelo de trabajo que mejor había solventado las desigualdades producto del propio sistema capitalista de producción.

Con la emergencia del modelo económico neoliberal comenzó una reestructuración productiva que tuvo consecuencias directas en los mercados de trabajo (De la Garza, 2016), pero también en la propia subjetividad de los trabajadores (Stiglitz, 2002) y en la formación de su identidad como sujetos sociales (Pérez Jáuregui, 1998; De la Garza, 2001). La pecharización del trabajo estándar fue posible gracias a la acción de los Estados que flexibilizaron el marco regulatorio del trabajo en beneficio de las empresas (Offe, citado en De la Garza, 2001: 21) promulgando leyes laborales menos rígidas, favoreciendo la firma de contratos colectivos flexibles y debilitando la acción po-

lítica de los sindicatos. Desde el ámbito de la cultura, la idealización del autoempleo y el trabajo flexible propio de las industrias creativas domina el imaginario social a través de productos como el cine, las series y los programas de televisión, cuyas tramas comienzan a poblarse de editores, periodistas, fotógrafos, corredores de bolsa, diseñadores, etcétera, cuya autoexigencia y autodisciplinamiento se ve compensado con libertad y empoderamiento. Sin embargo:

hoy como ayer el capital genera una “situación social”, las promesas de bienestar derivadas de las nuevas tecnologías, con nuevas calificaciones, trabajo creativo y flexibilidad enriquecedora del trabajo, quedan reducidas para una minoría de la humanidad, el resto tiene que soportar peores condiciones de trabajo y salarios, inseguridad en sus empleos, una flexibilidad destructiva no sólo de las calificaciones sino de la dignidad. La nueva “situación social” abarca a la mayor parte de los pobladores de esta tierra, no todos ellos son empleados del capital pero igualmente sufren por la forma como ese capital global se desarrolla (De la Garza, 2001: 21).

La crisis del trabajo no sólo apunta a su precarización, es decir, al declive del empleo estándar, sino también al conjunto de relaciones sociales modeladas por éste y a las cuestiones vinculadas a la identidad; lo que evidencia la destrucción del valor cultural que la sociedad industrial le dio al trabajo. Hoy es el mercado y no el trabajo el que estructura la sociedad (De la Garza, 2001). El panorama que se configura a partir de esta desarticulación de las seguridades que ofrecía el trabajo estándar atenta contra los trabajadores instalando en sus biografías un tipo de incertidumbre que se “fija” de manera estructural (Bauman, 2008; Beck, 1998; Beck *et al.*, 1994) en tanto el trabajo hoy se define por su incapacidad de construir certezas sobre: la continuidad del contrato laboral, el ingreso, la gestión de la vida y la gestión de las contingencias propias de la misma.

El paradigma de este tipo de trabajo hoy en día es la llamada economía colaborativa o capitalismo de plataforma, cuyo auge coincide con la crisis global de 2008 (De Rivera, Gordo y Cassidy, 2017) y

que, entre otras cosas, se define por monetizar ciertas prácticas locales e informales (compartir el automóvil, compartir alojamiento). Aunque en teoría el usuario de estas plataformas opera de forma autónoma, en realidad está bajo la supervisión difusa de los sistemas de evaluación y control distribuido (De Rivera, Gordo y Cassidy, 2017: 26). En este esquema de empleo, el individuo queda aislado, desprotegido, en constante competencia contra sí mismo y responsable de un negocio del que absorbe todos los riesgos (pérdidas, desgaste de las herramientas de trabajo, salud y seguridad), pero no conserva todas las ganancias. A pesar de que son un ejemplos paradigmáticos del trabajo precario, son muchos los ámbitos de la vida laboral que se han precarizado dejando a los trabajadores con cada vez menos certezas.

Peter Taylor-Gooby (citado en Mancini, 2017) sostiene que una fuerte sensación de incertidumbre “recubre” a las sociedades contemporáneas y a la vida social generando una serie de dudas, miedos y riesgos “que recaen sobre los individuos que –diariamente y con escasa eficiencia– lidian con los avatares de su existencia” (Mancini, 2017: 27). En la sociología del trabajo, el concepto de incertidumbre está estrechamente vinculado a los conceptos de *riesgo* e *inseguridad*, es decir, dado que la incertidumbre no es directamente observable en la realidad empírica, es posible asirla a partir de la categoría de riesgo, que en el mundo del trabajo se traduce en aquellas contingencias que se presentan como parte del despliegue de la propia actividad laboral: accidentes, enfermedades, pérdida de capacidades físicas o mentales por enfermedad o por vejez, etcétera; todas ellas paliadas por el empleo estándar que no era más que el reconocimiento de que todos los que venden su fuerza de trabajo deben tener aseguradas las condiciones de estabilidad mínima para mitigar el sufrimiento inherente al despliegue de su actividad.

En América Latina los estudios sobre la incertidumbre laboral han puesto el acento tanto en las consecuencias subjetivas como en la transformación de las dinámicas familiares, cambios que se observan incluso en ámbitos laborales que históricamente gozaron de mayores niveles de seguridad e integración (Rodgers, 1989). En general,

estos estudios demuestran que existe un sentido agudo y general de indefensión por el aumento de la inseguridad: altos niveles de desempleo; su cada vez más larga duración; su volatilidad, así como el incremento de actividades productivas de corta duración.

A pesar de la distancia temporal entre los dos filmes analizados aquí –*La demolición* de 2005 y *Maquinaria Panamericana* de 2016–, ambos fueron realizados en un periodo signado por la creciente flexibilización de los marcos regulatorios del trabajo, tanto en Argentina como en México se observa un aumento del sector informal de la economía y el trabajo precario se expresa como una manifestación más de aquélla. En Argentina, durante el periodo que va de 2003 a 2013, hubo una creciente reducción del desempleo en relación con la década anterior; sin embargo, los trabajadores desplazados de los sectores más dinámicos recurrieron a la informalidad como refugio de situaciones de desempleo, haciendo que este sector no sólo creciera, sino que estableciera complejas dinámicas de intercambio con el empleo formal (Delfini, 2016). Del mismo modo, en México el periodo comprendido entre 1988 y 2012 marcó no sólo la entrada plena a la economía neoliberal, sino una creciente descomposición del empleo en parte motivada por la industria maquiladora de exportación que sirvió de modelo para la degradación de las relaciones laborales, reproduciéndose en todos los sectores independientemente de las trabas y reglamentaciones legales (Anguiano y Ortiz, 2013). El crecimiento del empleo en ambas economías estuvo entonces estrechamente vinculado a la precarización y la informalidad por lo que la distancia entre ambos filmes no representa, al menos en lo relativo al trabajo y su descomposición, una brecha temporal relativa a dos coyunturas distintas y, en ese sentido, ambos filmes dan cuenta de una serie de vulnerabilidades encarnadas en los cuerpos de personajes que lidian sin éxito con todo tipo de precariedades e incertidumbres.

El cine tiene la virtud de construir situaciones que dotan de emocionalidad nuestro conocimiento del mundo, por eso constituye una forma valiosa de aprehensión de fenómenos tan complejos como los procesos socioeconómicos que se despliegan en extensos periodos de tiempo. Del mismo modo un análisis de los códigos que integran el

lenguaje cinematográfico devela la forma en que dichos códigos son utilizados, en formas muy particulares, para construir las atmósferas emocionales objeto de esta investigación, a saber, aquellas derivadas de profundos procesos de pauperización del trabajo y consecuentemente de la vida.

Representación de la incertidumbre en *La demolición* y *Maquinaria Panamericana*

La demolición (2005) es un filme de Marcelo Mangone cuya trama se centra en el día en que Lazzari, empleado de una empresa de demoliciones, conoce a Beto Luna, ex empleado de la fábrica que Lazzari debe demoler. Luna vive en la fantasía de seguir trabajando para la fábrica por lo que su encuentro con Lazzari desata una tensión que poco a poco irá revelando las condiciones que viven los dos tipos de empleado que cada uno representa: Lazzari el trabajador precario y Luna quien trabajó treinta años en una empresa bajo el esquema del empleo estándar. La comparación entre los dos no se limita a las condiciones de sus trabajos, que ambos describen en distintos momentos del filme, sino que también se extiende a los hábitos, las rutinas, la vida familiar y la salud física y mental de cada uno, siendo Beto Luna mucho más saludable (a pesar de la fantasía en la que vive, o quizá gracias a ella) que Lazzari, cuyos padecimientos se asocian a la precaria situación laboral –y familiar– que vive. Si retomamos los indicadores de Rodgers (1989) mencionados antes, observamos que Lazzari carece de certidumbre sobre la continuidad de su trabajo, incluso sabemos que ha rotado por varios empleos volátiles antes; que no tiene control sobre su trabajo ni ningún tipo de protección social: “Estamos todos en negro,⁵ sin obra social, ni aguinaldo, vacaciones, nada, nada, nada” (min 43); ni un ingreso estable, situación que se

⁵ Una forma de describir un trabajo que no se encuentra registrado legalmente por lo que el trabajador no cuenta con ningún tipo de beneficio social, contrato de trabajo o prestaciones.

revela desde el principio del filme en las discusiones con Bety, su esposa, por problemas de dinero.

Una vez que se hace evidente que Lazzari vive situaciones de precariedad e incertidumbre, el filme comienza a desplegar en clave cómica las consecuencias psicológicas y emocionales que atraviesa el protagonista. La construcción psíquica de Lazzari se revela desde los primeros planos como un hombre nervioso, apesadumbrado y de salud frágil, condición que se refuerza también mediante algunos *props*, como las medicinas en su mesa de noche captadas en primer plano desde las primeras escenas (figura 1) o la fotografía y el montaje que enfatizan la condición de Lazzari secuenciando planos que lo comparan con Luna y su buena salud física, anímica y familiar.

Figura 1. Primeras escenas de La demolición (2005), donde se presenta a Lazzari y se introduce su estado emocional, min. 5.



Fuente: Fotograma *La demolición* (Mangone, 2005).

Pero donde encontramos la evidencia más precisa de los padecimientos que aquejan a Lazzari es en los diálogos, por ejemplo,

mientras conversa con Luna a la hora del almuerzo, Lazzari expresa su malestar en frases como: “me agarran ganas de llorar, llorar y no parar de llorar, no puedo parar de llorar, no parar llorar...” (min 48.26) también hace referencia a ataques de pánico y al deseo recurrente de terminar con su vida. De acuerdo con Doris Brothers (2008), tras la destrucción de las certezas que moldean la vida psicológica (SEC's, *systemically emergent certainties*), el trauma sumerge un sistema relacional en el caos y expone a sus víctimas a experiencias de incertidumbre insoportable. “Dado que la esperanza solo es posible en la medida en que se pueda tolerar la incertidumbre, el trauma representa el exilio de un mundo de esperanza” (2008: x). Otra característica del trauma, originado por la incertidumbre, es la *desesperanza* sobre cualquier expectativa. El futuro se percibe como un “desierto oscuro y estéril, la esperanza debe ser aplastada para que no agregue más incertidumbre a un futuro que ya es insoportablemente precario” (Brothers, 2008: 46).

La tristeza y desesperanza que experimenta Lazzari hace eco de los síntomas de depresión que describe Brothers (2008) en relación con la falta de imágenes esperanzadoras de futuro que se viven en condiciones de marcada incertidumbre; estos síntomas se asocian también a la ansiedad y el miedo. El miedo que expresa Lazzari está íntimamente relacionado con otro aspecto de su propia situación laboral y tiene que ver con el constante temor de perder su trabajo, una expectativa de ocurrencia que Fiorella Mancini (2016) describe desde el marco social de las emociones: “No puedo cometer ni un error, ni uno”, “¿me querés decir qué hago yo si me rajan de este laburo?” (min 49.29). En el marco de la sociología de las emociones, particularmente en estudios sobre el trabajo como los de la propia Mancini, el *miedo* es una emoción social que proviene del *riesgo*, es decir, de la probabilidad de ocurrencia de un evento en el futuro ante el que no se tienen —o se piensa que no se tienen— los recursos para responder adecuadamente. En este sentido, de acuerdo con Kemper (citado en Mancini, 2016), el miedo es una *emoción anticipatoria* causada por la vulnerabilidad e insuficiencia relativa del poder del individuo respecto de otro elemento variable (y expectante) del

mundo; por ejemplo, su trabajo (2016: 203), su ingreso o la protección necesaria en caso de contingencia.

En *La demolición* las emociones son narradas por el propio Lazari, por lo que la construcción de la incertidumbre radica en los diálogos y en la dramaturgia principalmente, aunque otro elemento que enmarca la condición precaria a la que hace alusión el filme es la fábrica donde ocurren las acciones: una fábrica en ruinas, deteriorada por el abandono, donde Beto Luna mantiene la fantasía de seguir ocupando su puesto de trabajo.

Por su parte, *Maquinaria Panamericana* (2016) de Joaquín del Paso es un filme plagado de símbolos que autorizan una lectura alegórica y por lo tanto no libre de cierta ambivalencia. El filme comienza con el rutinario ingreso de trabajadores a MAPSA, una empresa de venta, renta y reparación de maquinaria industrial. Cuando los empleados descubren el cuerpo sin vida de don Alejandro, el dueño de MAPSA, se detona una serie de situaciones que nos irán revelando el quiebre emocional de los trabajadores que se han quedado desamparados, pues la empresa lleva años siendo improductiva y únicamente se mantenía a flote porque don Alejandro pagaba sus salarios de su bolsa. Conforme avanza la trama algunos empleados revelan que llevan tiempo sin cobrar o que no han tenido vacaciones, los más longevos manifiestan preocupación por su jubilación. Así se nos presenta de modo compacto el proceso de precarización de la empresa, proceso que se sintetiza también en una de las secuencias donde una especie de “sueño colectivo” se resuelve a partir de un *footage* con imágenes aleatorias del periodo de bonanza de la empresa, con su flamante maquinaria industrial y sus bulliciosas oficinas durante las décadas de 1960 y 1970, escenas que también pueblan las fotos colgadas en la oficina de don Alejandro revelando aquellos años de productividad que coinciden con la época dorada del trabajo industrial en México también llamado “milagro mexicano”.

Los empleados de MAPSA han quedado repentinamente a la deriva y sumergidos en la total incertidumbre. Las referencias simbólicas de esta pérdida de dirección y de horizonte de futuro se encarnan en la muerte de don Alejandro, quien aparece rodeado de símbolos

(*props*) que hacen referencia a la navegación: un retrato suyo al óleo en que sostiene un telescopio, sus fotos de barcos en los muros de su oficina, sus relojes en forma de timón de barco, la mirilla de su oficina en forma de ancla, etcétera. Su muerte no sólo es la muerte del empleador, sino también del navegante que los guía y la del patriarca, pues el filme está plagado de referencias bíblicas y alusiones a la figura de Cristo, por ejemplo, el momento en el que las mujeres preparan el cuerpo de don Alejandro para ser enterrado (figura 2): una música melancólica acompaña la escena de las mujeres lavando el cuerpo, una escena con una fuerte referencia a la imagen bíblica del descenso de la cruz que aparece en las representaciones pictóricas barrocas del siglo XVII como las obras de José de Ribera (figura 3). Las dos mujeres que aparecen lavando el cuerpo y el joven que está sentado a sus pies, mirando con pesadumbre, remiten a las figuras bíblicas de María, la Magdalena y uno de los discípulos de Jesús, presentes en muchas de estas representaciones pictóricas. Un plano a detalle de la mano de una de las mujeres lavando la mano de don Alejandro pone el foco sobre la pulsera con la imagen del sagrado corazón de Jesús que lleva puesta, reforzando el talante religioso del intertexto, enmarcado por la iluminación de la escena que remite al tenebrismo de la pintura barroca.

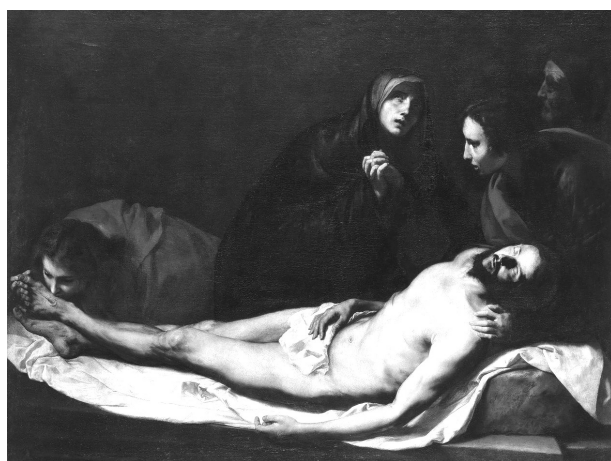
También hay referencias al miedo en los diálogos, aunque a diferencia de *La demolición* no describen en primera persona el sentir de un personaje específico, sino que aparecen reforzando la atmósfera de angustia y desolación que crean los encuadres, la iluminación y las referencias intertextuales. Por ejemplo al principio del filme Jesús Carlos pronuncia la frase “disfruta del pánico que es tener la vida por delante” (min 6.44) en clave motivacional, mientras da la bienvenida a los trabajadores desde el altavoz, posteriormente, cuando el filme avanza y él ya ha comenzado a perder la cordura, vuelve a pronunciar la misma frase (min 33.11), pero esta vez el tono de su voz es tan oscuro como la iluminación de la escena que se presenta visualmente como ese futuro incierto que da pánico tener delante.

*Figura 2. Empleadas lavando el cuerpo de don Alejandro.
Still de Maquinaria Panamericana (2016: min 40.13)*



Fuente: Fotograma de *Maquinaria Panamericana* (Del Paso, 2016).

*Figura 3. Lamentación sobre Cristo, José de Ribera,
1633*



Fuente: *La piedad*, José de Ribera “el Españoleto”, 1633. Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid: <https://www.museothyssen.org/coleccion/artistas/ribera-jose/piedad>

Además de estas alusiones alegóricas a la incertidumbre como pérdida de dirección y de horizonte de futuro, también encontramos representado el miedo en la acepción social que describe Mancini,

es decir, como una emoción que se expresa en la asignación de responsabilidades,⁶ ejemplo de ello lo encontramos en el diálogo entre Celestino, el empleado de sistemas, y Jesús Carlos, el contador de MAPSA. Celestino culpa a Jesús Carlos de la quiebra de la empresa y lo acusa de años de mala administración “por ti esta pasando todo esto” (min 20.15); por su parte Jesús Carlos culpa a Celestino “ya te dije que fue el Excel, a lo mejor tú eres el culpable...” (min 20.18), e incluso en una escena con iluminación barroca que resalta su pérdida de cordura, el hombre responsabiliza a una rata que tiene entre las manos “tú eres la culpable, cabrona...” (min 35.44). Los únicos que no asignan directamente responsabilidades son los empleados que son manipulados tanto por el contador, quien desde su lenguaje y su expresión corporal actúa como un líder carismático (figura 4), o por Celestino que también intenta manipularlos desde la postura del *coach* de vida.

Los empleados de MAPSA no tienen una postura crítica sobre los motivos de la quiebra de la empresa, son susceptibles a la manipulación y están rodeados de alusiones religiosas que también revelan algo de la idiosincrasia popular mexicana descrita por autores como Santiago Ramírez (1977), quienes afirman que la conducta religiosa del mexicano es una forma de expresión sublimada que le acerca a la figura de la madre, de ahí el obsesivo culto a la guadalupana, con quien tiene una relación ambivalente de anhelo y desprecio, y que aparece reiteradas veces en el filme, ya sea en un altar, una melodía de fondo, un nicho o una imagen. Más allá de la polémica que implica psicoanalizar la conducta social “del mexicano” (una tarea imposible desde un punto de vista metodológico), lo relevante a destacar en el filme es la proliferación de imágenes y alusiones religiosas que refuerzan la idea de la pasividad de los empleados al momento de la asignación de responsabilidades, de lo que también se puede deducir la falta de una postura política ante su situación. Esto también explica

⁶ Esta perspectiva social de las emociones no niega el componente subjetivo del miedo como una emoción anticipatoria básica para la supervivencia, pero se vuelca por su estudio desde “la matriz cultural y los patrones sociales en los que éste se inscribe dentro de un determinado clima emocional” (Tudor, citado en Mancini, 2016: 204).

un dogmatismo que los hace vulnerables ante el discurso carismático del contador cuando les exhorta a encerrarse en la empresa aludiendo a una petición que supuestamente hace el propio don Alejandro desde “el más allá”. Su incapacidad de reconocer las causas de su desgracia en situaciones terrenales los deja a merced de la manipulación.

Figura 4. Jesús Carlos convence a sus compañeros para encerrarse en la empresa y “rescatarla” por mandato de don Alejandro, quien le ha hablado desde el más allá



Fuente: *Still* de *Maquinaria Panamericana* (Del Paso, 2016: min. 26:53).

Otra emoción a la que hace referencia explícita el filme es la depresión. Celestino en una actitud pseudocientífica intenta programar a los empleados para que superen el trauma de la pérdida a través de una charla que los introduce al famoso ciclo del duelo de Kübler-Ross. Los empleados transitan por las diferentes etapas pero se quedan atrapados en la depresión, el filme nos lo hace saber cuando Arancha, la hija de don Alejandro logra entrar en la fábrica escalandando por los muros y recoge del piso uno de los papeles en los que Celestino se apoyaba para su curso, el plano detalle revela la hoja con la palabra escrita “DEPRESIÓN”. Los empleados de MAPSA la descubren y la encierran por orden de Jesús Carlos, pero Ignacio, el hijo ilegítimo de don Alejandro la ayudará a escapar precipitando el final.

Dos conclusiones, dos sociedades salariales distintas

Mientras ambos filmes representan las consecuencias emocionales y psicológicas de la experiencia de la incertidumbre a niveles traumáticos, ambos concluyen de formas muy distintas, formas que coinciden con las conclusiones de la propia Fiorella Mancini (2016) sobre las diferencia entre las sociedades salariales mexicana y argentina.⁷

El déficit institucional que sufren los países en vías de desarrollo para enfrentar la dinámica de la modernización tiene consecuencias diferenciadas en cada uno de los países de la región: históricamente, Argentina y Uruguay lograron consolidar un capitalismo de bienestar a partir de conjuntar la racionalidad técnico instrumental (eficacia de los mercados, productividad industrial y competitividad) con valores de la racionalidad normativa (soberanía popular, derechos humanos); sin embargo, en el caso de nuestro país esta conjunción no logró cristalizarse aun en los gobiernos de corte más socialista como el cardenismo; en cambio han imperado gobiernos paternalistas que han cooptado incluso las organizaciones sindicales prácticamente desde su creación. En este sentido, el desarrollo social e histórico de las instituciones modernas en el contexto mexicano y argentino, en particular en lo relativo al mundo del trabajo, aparece plasmado en cada uno de los filmes analizados en esta investigación: a través de las memorias de Beto Luna en *La demolición*, por ejemplo, vemos una fuerza laboral politizada y productiva, una edad de oro del trabajo industrial del sector textil y un sindicalismo que fue brutalmente reprimido; además, el filme culmina con la aparición de los extrabajadores de la fábrica que son trabajadores reales de la cooperativa Lavalán (emplazamiento donde se filmó la película), una de los cientos de fábricas recuperadas por los trabajadores argentinos después de la crisis de 2001. Los extrabajadores caminan manifestando su apoyo a Beto Luna y exigiendo el pago de sus salarios y deu-

⁷ Mancini (2016) desarrolla su investigación en Rosario, Argentina, y Monterrey, México, dos ciudades que se desarrollaron como núcleos económicos de sus respectivos países en el auge de la industrialización a lo largo de los siglos XIX y XX.

das acumuladas. Este hecho pone de manifiesto la colectivización de las demandas laborales de una ciudadanía consciente del papel del Estado y de las instituciones dedicadas a proteger y promover sus derechos.

Por otro lado, la figura de don Alejandro en *Maquinaria Panamericana* representa al Estado paternalista que no logra ajustarse efectivamente a la modernización instrumental que demanda la contemporaneidad. Por eso todo el mobiliario y la maquinaria de la empresa es obsoleta a pesar de estar ambientada en la segunda década del siglo XXI. Aún cuando la muerte de don Alejandro representa lo obsoleto, su representación simbólica en la figura del navegante, remite a mejores tiempos, a tiempos de bonanza y crecimiento, a diferencia del liderazgo de Jesús Carlos, quien a pesar de autoproclamarse líder y de buscar recuperar la empresa, carece de los recursos para enfrentar un mundo que ha cambiado. Por otra parte, los empleados de MAPSA no hacen ninguna referencia a instancias legales para solventar la pérdida de su empleo y, en la decisión de encerrarse, tampoco se vislumbra un plan para hacer productiva la empresa, por el contrario, así como depositaron el liderazgo en manos de don Alejandro –padre y tomador de decisiones–, ahora dejan en Jesús Carlos la tarea de encontrar los medios para “recuperar” MAPSA, mientras ellos bailan y se embriagan catárticamente.

La investigación de Mancini (2016) revela que una de las diferencias entre los trabajadores rosarinos y regiomontanos se encuentra precisamente en la forma en que los primeros expresan la responsabilidad del Estado y las instituciones en la asimilación y colectivización de los riesgos, mientras que los segundos se culpabilizan individualmente por los vaivenes de un mercado de trabajo que replica las desigualdades sociales estructurales del país. El filme mexicano, en parte por su tradición barroca y gestual, hace un uso más variado de los elementos audiovisuales a la hora de construir la atmósfera de incertidumbre que acompaña la narración de los acontecimientos, la actuación de los personajes y el decorado de los escenarios. El filme argentino, por su parte, aunque es menos gestual y, en cierta medida, menos cinematográfico, despliega la emocionalidad de los persona-

jes en sus propias expresiones, que es también donde encontramos un humor que no deja de lado la militancia política. En este sentido, aunque los límites de este trabajo impiden profundizar en la relación entre el humor y la crítica social esgrimida por productos culturales como el cine, es destacable la decisión de abordar las situaciones traumáticas de incertidumbre precisamente desde el humor: “Freud sostiene la tesis de que el humor es una estrategia mediante la cual es posible alcanzar placer ante un sentimiento doloroso, y que el humorista ante la adversidad se ahorra sentimientos como el lamento, la queja o el llanto y en su lugar hace aparecer la broma mediante la cual obtiene placer” (Flores, 2022: 21).

El humor, en términos de economía psíquica es un trabajo de la vida anímica, cuyo objetivo es la obtención de placer mediante un ahorro de sentimientos penosos o dolorosos (Freud, citado en Flores, 2022: 25). Freud distinguió la melancolía y el duelo como dos formas opuestas de lidiar con situaciones traumáticas, siendo el duelo aquella que permite distanciarse del “objeto perdido” permitiendo un proceso de internalización más saludable, Dominick LaCapra (citado en Steir-Levny, 2015: 199) en sus análisis sobre el trauma y el duelo en el contexto del holocausto distingue dos tipos de memoria colectiva, la primera es una memoria que “actúa” (*acting out*) el pasado, lo que implica una falta de distancia con los eventos traumáticos, a diferencia de una segunda forma que LaCapra denomina “elaboración” (*working-through*) donde hay claras delimitaciones entre el evento traumático y el presente, lo que también implica una conciencia de control del pasado y una distancia crítica con respecto de él. Según Steir-Levny, el humor en el cine o los programas televisivos es un recurso para reparar los traumas colectivos porque “[i]t highlights the absurd in an existing situation and attempts to influence people to change their attitudes” (2015).

Si bien los filmes analizados aquí tratan una situación social, lo hacen representando consecuencias psicosociales desprendidas de condiciones estructurales por lo que ambos cierran sobre las transformaciones personales de sus protagonistas: en *La demolición*, el encuentro con Beto Luna transforma radicalmente a Lazzari, quien

reconoce que su condición es parte de un estado de las cosas: “y así fue como ese día perdí aquel laburo, y la verdad que al principio la pasamos mal, pero ¿qué iba a hacer? Me iba a quedar llorando en la cama, llorando deprimido... no. Si este país hay que salir a pelearla siempre, ¿o no?”, piensa para sí el protagonista. Esta frase revela un tipo de pensamiento histórico (Zemelman, 2011), es decir, una “toma de consciencia de la disconformidad respecto de las circunstancias” (2011: 34).

Este rompimiento de los límites de lo dado prefigura un distanciamiento con lo real, en la medida en que, al inconformarnos con una situación, somos capaces de verla en sus posibilidades de desenvolvimiento, lo que a su vez exige la presencia de un proyecto desde el cual se leen y determinan sus potencialidades (2011: 34). En su encuentro con Luna, Lazzari advierte su propia disconformidad como una situación que es susceptible de ser transformada. Pero el filme enmarca esta transformación personal en el encuentro de Lazzari con Beto y también con las consecuencias políticas de ese encuentro, es decir, con la movilización de extrabajadores del lavado de lana que Beto provoca indirectamente, por lo que el cambio de actitud de Lazzari también puede leerse en su potencial de transformación social en tanto representa la potencia de transformación del sujeto que se coloca históricamente frente a sus circunstancias, condición de posibilidad necesaria para la transformación social, desde un plano subjetivo.

Por su parte, los empleados de MAPSA se niegan a abandonar el que fue su lugar de trabajo, la metáfora de un sistema en el que nada funciona. Las máquinas obsoletas y la herrumbre del lugar apoyan visualmente esa incapacidad de eficiencia y renovación. La escena final nos muestra a todos desconcertados ante las puertas abiertas de la compañía una vez que los servicios funerarios entran por el cuerpo de don Alejandro. El único que decide abandonar MAPSA es Ignacio, hijo ilegítimo de don Alejandro, quien ha vivido un proceso de transformación personal aislado de la catarsis colectiva de los demás y, en ese sentido, el filme cierra sobre su resiliencia individual. Los demás empleados miran la calle desde la puerta abierta, pero son in-

capaces de cruzarla, acción que queda como la confirmación de una vuelta a aquello que por conocido es menos malo.

Cabe destacar que el ejercicio de poner en relación la forma en que ambos filmes construyen las consecuencias de vivir en incertidumbre resulta provechoso en tanto nos permite leer la realidad desde un pensamiento histórico (Zemelman, 2011). El despliegue de las propias circunstancias de los personajes y de su emocionalidad pone énfasis en las grietas de un sistema que no sirve más, reabriendo espacios de reflexión y posibilitando la redirección de una serie de emociones que, cuando se piensan colectivamente, se convierten en pasiones (Mouffe, 2005) con un enorme potencial político y transformador. Retomando el pensamiento de Chantal Mouffe, las emociones que compartimos en lo individual pueden encontrarse en el terreno caótico de lo social y resonar juntas hasta convertirse en pasiones colectivas con el potencial político de generar nuevas formas de antagonismo orientadas a un proyecto transformador de la realidad social. En este sentido las subjetividades de los protagonistas y el despliegue de su emocionalidad hacen aparecer el fenómeno de la precariedad –y la incertidumbre– como condición social estructural y, al mismo tiempo, el cierre sobre su agencia individual prefigura la condición de posibilidad del sujeto histórico que al ponerse frente a sus circunstancias es capaz de accionar y transformar su entorno.

El cine, como caja de resonancia del estado de la cultura, puede ser un medio para pensar las emociones individuales en sentido colectivo y en este sentido coincidimos con Sánchez Pardo (2016) cuando afirma que ningún tema tratado por el cine es intrínsecamente político, sino que “se abre como un espacio de figuración ideológica que media entre dos factores: el trauma de lo real del capitalismo en sus distintas etapas y la construcción de órdenes simbólicos y cierres simbólicos para sustentarlos” (2016: 13). En otras palabras, aunque muchos filmes no sostengan una postura explícitamente política, su potencial radica en la construcción de una emocionalidad vinculada con el estado de las cosas y en ello puede encontrarse la semilla del distanciamiento que lleva al pensamiento histórico.

Referencias

- Anguiano, A. y Ortiz, M. (2013), “Rosario Reforma laboral en México: precarización generalizada del trabajo”, *El Cotidiano*, núm. 182, noviembre-diciembre, pp. 95-104.
- Aristizábal, J. y Pinilla, O. (2017), “Una propuesta de análisis cinematográfico integral”, *KEPES*, vol. 14, núm. 16, pp. 11-32.
- Ariza, M. (2016), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Bauman, Z. (2008), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, México.
- Beck, U. (1998), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Ibérica, Barcelona.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1994), *Reflexive modernization: Politics, tradition and aesthetics in the modern social order*, Stanford University Press, California.
- Brothers, D. (2008), *Toward a Psychology of Uncertainty*, The Analytic Press, Nueva York.
- Curzio, L. (2007), *Para entender el liberalismo*, Nostra Ediciones, Ciudad de México.
- De la Garza, E. (2001), “Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo”, en E. De la Garza Toledo y J. C. Neffa (comps.), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo* (pp. 11-31), Clacso, Buenos Aires.
- De la Garza, E. (2016), *Los estudios laborales en América Latina. Orígenes, desarrollo y perspectivas*, Anthropos, España.
- Del Paso, J. (dir.) (2016), *Maquinaria Panamericana*, [DVD], ND Mantarraya, México.
- De Rivera, J., Gordo, A. y Cassidy, P. (2017), “La economía colaborativa en la era del capitalismo digital”, *Redes.com: Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación*, vol. 15, pp. 20-31.
- Delfini, M. (2016), “Determinantes de la precarización laboral en Argentina entre 2003-2013: entre los cambios y las continuidades”, *Investigación y Desarrollo*, vol. 24, núm. 1, pp. 53-75.

- Disch, L., Ouziel, P., Lawson, N. y Tormey, S. (2017), “The End of Representative Politics?”, *European Political Science*, vol. 16, pp. 440-455.
- Flores, L. (2022), “Los artilugios del humor”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 58, pp. 15-32.
- Gorz, A. (1982), *Farewell to the Working Class* (trans.), Pluto: Londres.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Gedisa, Barcelona.
- Mancini, F. (2016), “Emociones en riesgo: miedo, vergüenza y culpa en tiempos de incertidumbre laboral”, en *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*. Instituto de Ciencias Sociales-UNAM, México.
- Mancini, F. (2017), *Asir incertidumbres. Riesgo y subjetividad en el mundo del trabajo*, Instituto de Ciencias Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, México.
- Mangone, M. (dir.) (2005), *La demolición*, [DVD], Primer Plano, Argentina.
- Mouffe, C. (2005), “Política y pasiones: las apuestas de la democracia”, en L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias* (pp. 75-100), Paidós.
- Neffa, J. (2003), “Reflexiones acerca de la naturaleza y significación del trabajo humano”, *6º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo* (pp. 13-16), ASET, Buenos Aires.
- Offe, C. (1985), *Disorganized Capitalism*, Polity, Cambridge.
- Pérez Jáuregui, M. I. (2019), “Violencia laboral, contexto social y subjetividad”, *Subjetividad y procesos cognitivos*, vol. 23, núm. 1, pp. 93-113.
- Ramírez, S. (1977), *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, Grijalvo, Ciudad de México.
- Referencias IMDb. *La demolición* (2005): [<https://www.imdb.com/es-es/title/tt0368679/>]; *Maquinaria Panamericana* (2016): [<https://www.imdb.com/es-es/title/tt4432980/>].
- Rifkin, J. (1996), “A New Social Contract”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 544, núm. 1, pp. 16-26.

- Rodgers, G. (1989), "Precarious Work in Western Europe: The State of the Debate", en G. Rodgers y J. Rodgers (ed.), *Precarious Jobs in Labour Market Regulation. A Growth of Atypical Employment in Western Europe*, International Institute for Labour Studies/Free University of Brussels, Ginebra.
- Rojas, G. y Salas, C. (2007), "La precarización del empleo en México, 1995-2004", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, pp. 39-78.
- Sánchez Prado, I. (2016), "El arte de la violencia sistémica. La explotación neoliberal como estética y mercancía en el cine mexicano contemporáneo", *Hispanófila*, vol. 178, núm. 1, pp. 11-20.
- Srnicek, N. y Williams, A. (2017), *Inventar el futuro. Poscapitalismo y un mundo sin trabajo*, Malpaso, Barcelona.
- Steir-Levny, L. (2015), "Holocaust Humor, Satire, and Parody on Israeli Television", *Jewish Film & New Media*, vol. 3, núm. 2, pp. 193-219.
- Stiglitz, J. E. (2002), "Empleo, justicia social y bienestar de la sociedad", *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 121, núms. 1-2, pp. 9-31.
- Tormey, S. (2015), *The End of Representative Politics*, John Wiley & Sons, Cambridge.
- Zemelman, H. (1997), *El futuro como ciencia y utopía*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Zemelman, H. (1992), "Sobre bloqueo histórico y utopía en América Latina", *Estudios Sociológicos*, vol. 10, núm. 30, pp. 809-817, [<http://www.jstor.org/stable/40420185>].
- Zemelman, H. (2011), "Implicaciones epistémicas del pensar histórico desde la perspectiva del sujeto", *Desacatos*, núm. 37, pp. 33-48.

Fecha de recepción: 30/04/24

Fecha de aceptación: 01/07/24

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202462345-370